

APLICACIÓN DE UN MODELO ETNOARQUEOLÓGICO A LA AGRICULTURA CASTREÑA

por

J. M. Vázquez Varela *

El creciente grado de información sobre la agricultura castreña permite diseñar hipótesis de trabajo interpretativas de algunos aspectos de esta actividad económica.

Los datos de tipo paleobotánico, infinitamente mucho más fidedignos que las fuentes literarias clásicas, y los materiales arqueológicos han enriquecido nuestro conocimiento a través del estudio del polen hallado en sedimentos arqueológicos castreños, en depósitos naturales formados en esta época y de los análisis de los restos de frutos y semillas macroscópicas localizados en las excavaciones arqueológicas a veces debido a la simple casualidad o a la aplicación de alguna técnica de recuperación de la materia orgánica, tal como la flotación.

El resultado de los análisis de frutos y semillas, es, con mucho, el que ofrece mayor información cuantitativa y cualitativa sobre los productos de la recolección y la agricultura castreña.

Si bien aún no ha concluido el largo estudio paleobotánico sobre una amplia muestra de los restos citados, procedentes de alrededor de una docena de castros, los resultados de los que disponemos son lo bastante sólidos como para iniciar la labor de interpretación.

Para el análisis de la actividad económica de los yacimientos, es totalmente necesario el conocimiento del contexto de aparición de los documentos relativos a este tema. Después del análisis contextual se usan en segundo término y como elemento menos riguroso en cuanto a la metodología de la interpretación, los paralelos bien de tipo arqueológico o etnográfico.

En este caso se van a proponer interpretaciones derivadas del estudio de las prácticas agrícolas y recolectoras de los campesinos gallegos actuales o pertenecientes al período histórico posterior a la Edad Media.

* Dpto. Historia-1. Universidad de Santiago. Galicia. España.
Grupo de Estudios Prehistóricos «Padre Carballo».

Nuestro punto de partida teórico es que el empleo de los paralelos señala analogías y no identidades entre el uso de los materiales pertenecientes al pasado y los actuales y que por lo tanto bajo ningún concepto se puede extrapolar la función y significado del cultivo de una planta actual al pasado, ya que, aunque ésta sea la misma, se encuentra en cada momento distinto de la historia en el marco de sociedades muy diferentes y puede tener muy distintas funciones y significados en los diversos contextos históricos en que fué empleada. Por ejemplo, en la cultura castreña se documenta el cultivo de un cereal de primavera, el mijo, millo miudo en gallego, *Panicum miliaceum* L., pero es evidente que el tipo de contexto técnico, económico y social de éste en la Protohistoria, es muy diferente al que había en la Galicia inmediatamente anterior a la difusión del cultivo del maíz, que arrinconó al primero o el que juega actualmente en una agricultura muy compleja donde se cultiva como una curiosidad o entretenimiento con unos fines totalmente distintos a los que tenía hace cincuenta años.

Si mediante los documentos históricos, testamentos, foros, catastros, padrones, etc., y la tradición oral, que alcanza con cierto rigor mas allá del comienzo de este siglo, se puede apreciar cómo una misma planta ha desempeñado posiciones muy distintas desde el siglo dieciseis, en cuanto a las características de su cultivo y de su uso, cabe preguntarse que validez interpretativa tiene el método de los paralelos etnográficos, ya que al menos de las diferentes coyunturas que podemos señalar para este cultivo, ninguna es igual al contexto en que éste se desarrolló en la Protohistoria de Galicia y por tanto ninguna parece más próxima que las otras a los posibles usos de la planta en el mundo castreño.

A pesar de las diferencias del valor del mijo en las cuatro distintas coyunturas de la planta, el momento anterior a la expansión temprana del maíz por el territorio, la época inmediatamente posterior a ésta, la de comienzos de siglo y la actual, hay una serie de elementos en común, unos derivados de las características biológicas de la planta y otros relacionados con los usos culturales de la misma. Sobre los primeros está claro que han permanecido invariables a lo largo de este tiempo, dado el corto espacio temporal transcurrido y las no excesivas variaciones ambientales, de acuerdo con los datos disponibles.

De modo que por el momento solo se pueden extrapolar al pasado algunas propiedades biológicas de las plantas como generalidades, pero teniendo en cuenta que un entorno distinto ha podido modificar el producto final del desarrollo de éstas. Se puede extrapolar de un modo aproximado la época de siembra, floración, madurez, la posible época de la siega, algunas de las características que debiera reunir la técnica de siega, malla, almacenamiento y elaboración del producto en alimento, pero siempre en términos muy genéricos.

Las posibilidades de extrapolar las técnicas de cultivo y el rol que juega éste en la cultura, son mucho mas limitadas por cuanto se puede comprobar en las fuentes citadas, histórica, escrita, tradición oral y etnografía, las variaciones que se han sucedido en un breve lapso de tiempo y aun dentro de una de estas épocas se puede apreciar, cuanto la documentación es valiosa, asi mismo la variabilidad del tratamiento cultural de la planta de unas áreas a otras. Por ello en modo alguno la visión actual se puede aplicar mecánicamente en la reconstrucción del pasado.

A al vista de lo expuesto parece que se ha realizado un análisis demasiado riguroso del método de los paralelos y que éste nos lleva al callejón sin salida de un hipercriticismo paralizante, ante lo que cabe responder que si esto fuese así, mas vale desde el punto de vista científico el abstenerse de juicios que legitimar teorías profundamente dañadas en su base metodológica.

De todos modos la situación es mas positiva de lo que a primera vista parece en el caso del tipo de paralelos que estamos utilizando, los del empleo de una misma planta en un mismo territorio en sus diversas formas, a través de la diacronía y de la variabilidad espacial.

En el uso de los paralelos en general puede tener valor la comparación con formas culturales alejadas en el espacio y el tiempo, pero ésto implica que tengan mayor validez los mas cercanos a las dimensiones citadas y sobre todo, si la geografía es la misma, los cambios ambientales pequeños y conocidos y la distancia temporal no es muy grande. Estas características de mayor fiabilidad del paralelo etnográfico próximo en los aspectos señalados, medio ambiental y cronológico, son de gran interés porque el medio ambiente impone cierto tipo de constricciones a todos los cultivos que se han desarrollado en el territorio a través del tiempo. El tipo de suelos, clima, vegetación, relieve, están ahí omnipotentes, favoreciendo algunos aspectos de la naturaleza y la cultura y por otro lado están frenando otros. Esto favorece una cierta convergencia en algunos aspectos de todas las culturas que se han sucedido en el territorio. En el caso del cultivo de la planta que hemos tomado como objeto de la reflexión, está claro que su uso a lo largo de todo el período de tiempo que se ha documentado, desde un momento temprano dentro del subperíodo climático subatlántico hasta el presente, ha sufrido o disfrutado, dentro de las diferencias de cada momento, de unas características ambientales mas o menos semejantes, aunque sobre ésto queda mucho por matizar, lo que ha favorecido una cierta tendencia común a lo largo del tiempo, en cuanto a las características biológicas de la planta, algunas de las cuales van a condicionar los mecanismos culturales relacionados con la misma. Pero esta constricción biológica y cultural, puede ser leve, de modo que el rol del cereal en los diferentes momentos históricos de su uso en el Noroeste ha podido ser desigual, así en el mundo castreño se cultiva al lado del trigo y de las leguminosas junto, con un papel de cierta importancia, de la recolección. En la época anterior a la

introducción del maíz, tiene bastante importancia en una agricultura donde se cultivan, entre otros cereales, el trigo, el centeno y la cebada, sin que tengamos noticias sobre la recolección de las bellotas de las diferentes especies del género *Quercus*, roble, encina, etc.

A partir de la difusión del maíz adquiere un carácter marginal tanto en el espacio como en el contexto de la producción agrícola, pero aún se emplea para la alimentación humana.

Actualmente es una curiosidad y su destino fundamental es la alimentación de la docena de gallinas dedicadas al autoabastecimiento de las familias rurales.

Así dentro de un contexto ambiental relativamente parecido, el período climático subatlántico, las variaciones en el contexto cultural han podido pesar más en los aspectos del aprovechamiento de la planta que las constricciones ambientales, por ello aunque la proximidad geográfica y ecológica del paralelo cuanto mayor sea, ofrece mas posibilidades de semejanza, no hay que olvidar que sobre un mismo medio ambiente o un medio ambiente parecido cambiante, han actuado factores culturales muy diversos y que el dato etnográfico actual tiene tras de si una larga historia.

Cuestión estrechamente relacionada con la anterior es la de la proximidad temporal, que se puede formular de la siguiente manera «cuanto mas próximos en el tiempo sean los términos de la comparación, mas semejantes serán». Muchos etnógrafos del pasado, aquellos para los que la cuestión de las sobrevivencias, «survivals», era un punto fundamental de la etnología, pensaban que en las zonas rurales poco alcanzadas por el impacto de la revolución industrial se encontraban numerosas manifestaciones culturales de tipo técnico, ritual, etc., que eran, sin más, sobrevivencias de la Préhistoria de aquel territorio.

El ejemplo brevemente descrito sobre el mijo permite dejar en evidencia la flojedad del aserto o el poco valor de la sobrevivencia. Si disponiendo solo de los datos etnográficos de hoy, no podemos saber el papel que ocupaba la planta en la región hace doscientos años, se plantea como infinitamente mas difícil el reconstruir el cultivo de ésta en la Protohistoria. Además en muchos casos la semejanza entre manifestaciones culturales de hoy en día y las de la Protohistoria pueden deberse a convergencias sin que exista continuidad entre unas y otras.

Señaladas de un modo somero las objeciones que se plantean al uso de los paralelos como analogías, conviene investigar que posibilidades encierra este método del comparativismo etnográfico, del cual hacía ya uso Tucñides en su faceta de historiador.

El valor fundamental del uso de los paralelos, es doble, por una parte su conocimiento enriquece las perspectivas de observación del investigador, muy limitadas por su trayectoria personal y la tradición académica a la que pertenece

de modo que pasa a contemplar los datos desde una perspectiva unilineal, la de su formación cultural y académica, a otra mas amplia en la que caben a menudo numerosas posibilidades de enfoque sobre el tema. Esta nueva visión del problema genera el segundo aspecto valioso de los paralelos, la posibilidad de elaborar hipótesis de trabajo a partir de aquellos, con la finalidad de contrastarlas con los datos derivados del trabajo arqueológico. A menudo la opacidad del registro arqueológico no permite establecer un contraste fiel de las diferentes hipótesis de trabajo, a veces complementarias, otras veces excluyentes entre sí y en algunos casos ni siquiera es posible establecer un orden jerárquico, indicando el diferente grado de probabilidad de las distintas lecturas propuestas. Realmente hay ocasiones en que nos movemos en un círculo vicioso, ya que la ambigüedad del contexto no permite interpretar los datos y se ha de acudir a los paralelos a partir de los cuales se generan hipótesis de trabajo que nos remiten necesariamente al contexto, para proceder a su contraste, que a veces es insuficiente a causa de su ambigüedad, condición que anteriormente nos obligaba a acudir a los paralelos.

Hai ocasiones en que este juego de ida y vuelta que parece mas propio de discípulos de Penélope, que teje y desteje, que de cultivadores del arte de Clio, nos lleva a un resultado «seguro» y confortante para el investigador.

En otras, no encontramos solución al problema y para disimular se recurre a la frase ritual: «futuros trabajos basados en nuevos hallazgos permitirán, sin duda, la solución del tema». Aún en estos casos, aparentemente negativos, la labor de acudir del contexto al paralelo y de éste a aquél, tiene el efecto positivo de hacernos comprender la complejidad de las cuestiones investigadas y por tanto nos pone en el camino de la solución del problema que a veces queda soslayado por respuestas fáciles, mas apoyadas en los tópicos en vigor en cada una de las diferentes escuelas que en un verdadero rigor metodológico.

Tras esta breve introducción al problema pasamos a ver algunas cuestiones relativas a la agricultura castreña desde la perspectiva de los paralelos etnográficos de la agricultura gallega en lo que va de siglo. Los datos proceden de la literatura y documentos de la época, la tradición oral y la observación directa durante varias campañas de trabajo de campo realizadas desde la segunda parte de los años sesenta hasta nuestros días. Dados los límites de la comunicación, nos reduciremos al estudio del aprovechamiento de las bellotas de diferentes tipos de roble.

Las bellotas de las distintas variedades de roble, actualmente casi non tienen ningún tipo de valor, pero dentro del margen cronológico al que hemos aludido se pueden documentar los siguientes usos:

- 1) Alimento para los cerdos.
- 2) Alimento para los hombres.

La recogida de bellotas para alimentar a los cerdos en casa o bien con destino a la venta en las ferias, con idéntico fin, ha tenido cierto desarrollo, si

bien en varias zonas de Galicia se acudía con los cerdos a los robledales para que éstos comiesen los frutos en el mismo lugar donde se encontraban.

La labor de recolección de las bellotas, bien para el consumo doméstico o bien para la venta, suponía recoger los frutos caídos, vear el árbol y poner a secar lo recogido antes de guardarlo en sacos para el transporte a casa y a las ferias. Este tipo de aprovechamiento implicaba, en algunos casos, cuidados del árbol para mejorar su productividad, lo cual junto con la labor de plantar robles con objeto de disponer de abundante madera con fines bélicos, comerciales, etc., nos indican el cultivo de estos árboles, al menos desde la Edad Moderna. Cientos de documentos se refieren a los cuidados de los robledales como fuente de madera con destino a la construcción naval y otros fines durante siglos.

Las referencias al empleo de la bellota en la alimentación humana son escasas e inseguras. A pesar del manejo de la documentación relativa a algunas de las crisis de hambre que afectaban a Galicia en el Antiguo Régimen, no hemos encontrado referencias explícitas al empleo de la bellota ni tan siquiera en los momentos de mayor necesidad en los que según la documentación se empleaban hierbas y plantas silvestres como últimos recursos para engañar el hambre.

F. López Cuevillas (1986) hace referencia a que los vecinos de alguna aldea del interior de Ourense metían en la boca bellotas como golosinas, pero fuera de este detalle solo disponemos de la tradición oral sobre la recogida, secado, molturación y panificación de los frutos del roble en un Ayuntamiento del Noroeste de la provincia de Pontevedra. La información la recogimos de una persona de cuarenta y cinco años, a quién su madre, que actualmente tiene cerca de noventa años, se lo había contado en la infancia. Pese a las pesquisas hechas en la zona, la pérdida de la memoria de la persona de mayor edad nos impidió comprobar la veracidad del aserto.

De lo expuesto hay que destacar los dos posibles usos complementarios de la bellota, en la alimentación de un animal doméstico y humana, al lado de la existencia del cultivo del roble con diferentes finalidades. Lo útil de estos datos para nuestra investigación es tratar de buscar el modo de comprobar si el contexto de los hallazgos de bellotas en los yacimientos castreños, confirma, rechaza o es ambiguo, en cuanto al posible uso de las bellotas. La posibilidad del cultivo de los robles es un extremo especialmente interesante por cuanto la frecuencia de aparición de bellotas en los castros y su importancia frente a los cultivos de cereales y leguminosas, indica una especialización y una intensidad en la recolección que deja abierta la posibilidad del cultivo del roble, lo cual tal vez puede comprobarse mediante detallados análisis paleobotánicos y de arqueología experimental.

De esto modo los paralelos sirven como poderosos generadores de hipótesis que orientan la investigación por nuevos derroteros, a veces insospechados, en la comprensión de los comportamientos del hombre prehistórico.

Los límites de la comunicación impiden extenderse sobre las valiosas indicaciones sugerentes de hipótesis que se derivan del estudio de los paralelos históricos y etnográficos de la agricultura y recolección en el Noroeste y que, de comprobarse o rechazarse por el contexto arqueológico, nos irán aclarando con precisión las pautas económicas del mundo castreño. Pero para ésto es necesario que los excavadores de los castros tomen conciencia del extremado rigor necesario en las excavaciones arqueológicas para contextualizar lo mejor posible cada hallazgo, en este caso los restos de tipo paleobotánico, de los que a menudo la falta de información precisa sobre las condiciones del mismo, los hace perder gran parte de su valor.

El estudio detenido desde el punto de vista paleobotánico y contextual de los hallazgos prehistóricos y la contrastación de las hipótesis derivadas del estudio de los paralelos etnográficos y históricos del Noroeste, está comenzando a arrojar nueva luz sobre el difícil tema de la economía castreña.

BIBLIOGRAFIA

- LOPEZ CUEVILLAS, F. y LORENZO FERNANDEZ, X. (1986), *Castro de Cameixa. Campañas 1944-46*. Arqueoloxia/Memorias. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.